

Homilía de IV Domingo de Cuaresma

Año litúrgico 2017 - 2018 - (Ciclo B)

“Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único”

Introducción

En este cuarto domingo de cuaresma celebramos el amor que Dios nos tiene y la vida que quiere para cada uno de nosotros. Y lo hacemos desde el acontecimiento de Jesucristo porque Jesús es la expresión, la encarnación de ese amor. “Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos” y Jesús entregó su vida para la salvación de todos.

Es esta vida entregada en el día a día, en la cotidianidad, por todos aquellos que necesitan de la solidaridad, del perdón, del amor o del consuelo; es esta vida entregada hasta las últimas consecuencias, la que nos salva y la que tiene que remover nuestros corazones para convertirnos al Dios de Jesucristo y conformar nuestra vida según Él.

Hoy, vuelve a resonar en nuestros oídos la llamada que se nos hace, muy especialmente en este tiempo: “conviértete y cree en el evangelio”.



Fray Javier Aguilera Fierro O.P.
Convento de Santo Tomás (Sevilla)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del segundo libro de las Crónicas 36, 14-16. 19-23

En aquellos días, todos los jefes, los sacerdotes y el pueblo multiplicaron sus infidelidades, imitando las aberraciones de los pueblos y profanando el templo del Señor, que él había consagrado en Jerusalén. El Señor, Dios de sus padres, les enviaba mensajeros a diario porque sentía lástima de su pueblo y de su morada; pero ellos escarnecían a los mensajeros de Dios, se reían de sus palabras y se burlaban de sus profetas, hasta que la ira del Señor se encendió irremediablemente contra su pueblo. Incendiaron el templo de Dios, derribaron la muralla de Jerusalén, incendiaron todos sus palacios y destrozaron todos los objetos valiosos. Deportó a Babilonia a todos los que habían escapado de la espada. Fueron esclavos suyos y de sus hijos hasta el advenimiento del reino persa. Así se cumplió lo que había dicho Dios por medio de Jeremías: «Hasta que la tierra pague los sábados, descansará todos los días de la desolación, hasta cumplirse setenta años». En el año primero de Ciro, rey de Persia, para cumplir lo que había dicho Dios por medio de Jeremías, el Señor movió a Ciro, rey de Persia, a promulgar de palabra y por escrito en todo su reino: «Así dice Ciro, rey de Persia: El Señor, Dios del cielo, me ha entregado todos los reinos de la tierra. Él me ha encargado construirle un templo en Jerusalén de Judá. Quien de entre vosotros pertenezca a ese pueblo, puede volver. ¡Que el Señor, su Dios, esté con él!».

Salmo

Salmo 136, 1-2. 3. 4. 5. 6 R. Que se me pegue la lengua al paladar si no me acuerdo de ti.

Junto a los canales de Babilonia nos sentamos a llorar con nostalgia de Sión; en los sauces de sus orillas colgábamos nuestras cítaras. R/. Allí los que nos deportaron nos invitaban a cantar; nuestros opresores, a divertirlos: «Cantadnos un cantar de Sión». R/. ¡Cómo cantar un cántico del Señor en tierra extranjera! Si me olvido de ti, Jerusalén, que se me paralice la mano derecha. R/. Que se me pegue la lengua al paladar si no me acuerdo de ti, si no pongo a Jerusalén en la cumbre de mis alegrías. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios 2, 4-10

Hermanos: Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho revivir con Cristo —estáis salvados por pura gracia—; nos ha resucitado con Cristo Jesús, nos ha sentado en el cielo con él, para revelar en los tiempos venideros la inmensa riqueza de su gracia, mediante su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. En efecto, por gracia estáis salvados, mediante la fe. Y esto no viene de vosotros: es don de Dios. Tampoco viene de las obras, para que nadie pueda presumir. Somos, pues, obra suya. Dios nos ha creado en Cristo Jesús, para que nos dediquemos a las buenas obras, que de antemano dispuso él que practicásemos.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 3, 14-21

En aquel tiempo, dijo Jesús a Nicodemo: «Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna. Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Unigénito de Dios. Este es el juicio: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra el mal detesta la luz, y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras. En cambio, el que obra la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios».

Pautas para la homilía

“Dios nos muestra su amor y su misericordia, Dios nos da la vida”. En esta frase podemos sintetizar las enseñanzas que nos dejan las lecturas en este cuarto domingo de cuaresma.

El antiguo pueblo de Israel ve y encuentra la actuación de Dios en medio de su propia historia y de los acontecimientos del propio pueblo. Esto nos lo encontramos en la experiencia de liberación de la esclavitud de Egipto. Una experiencia fundante y que Israel recordará año tras año. También nos lo encontramos en los profetas, aquellas personas que ponen la mirada y la palabra de Dios en medio del mundo. Y hoy, en la lectura de Crónicas, y en la figura de Ciro, nos encontramos con el instrumento de Dios que va a posibilitar el regreso de los judíos a su propia tierra. Un regreso que les va a aportar seguridad y futuro.

Esta presencia de Dios en el mundo y en la historia no se queda encerrada en estos acontecimientos o en otros semejantes sino que alcanza su plenitud en la figura de Jesucristo. Es Jesús quien, con su vida y su entrega, nos habla de Dios y de su amor hacia el ser humano y todo lo creado. No podemos olvidar que el sí definitivo de Dios a la vida en la resurrección de Cristo es el sí a todo lo que fue la vida de Jesús. Y este no hizo otra cosa que apasionarse por un “Reino” en el que todos tuviesen vida, y trabajar para que esto se hiciese realidad; no hizo otra cosa que ponerse del lado de aquellos que eran apartados o marginados por su condición de pecadores, por su condición social y luchar para que fuesen acogidos, cuidados y respetados; no hizo otra cosa que oponerse a las leyes o costumbres cuando estas oprimían a las personas. Por todo esto, lo mataron. Y por todo esto, la entrega de Jesús en la cruz y la resurrección nos hablan de salvación y de vida.

En este tiempo de cuaresma que estamos viviendo, Jesús nos sigue invitando a ser instrumentos de su amor en medio de nuestro mundo. Nos está invitando a ser instrumentos de vida para todos. Y esto porque la vida, la vida en plenitud, es no sólo para un futuro junto a Dios sino que comienza en el aquí y en el ahora. No podemos hablar del amor de Dios y de la vida en él y olvidarnos de las situaciones de muerte que hay en nuestro mundo, de las personas que sufren, de los refugiados o inmigrantes que no son acogidos, de todos los que sufren violencia, de los que pasan hambre, de la injusta distribución de la riqueza, de... Jesús nos llama a configurarnos con él y a vivir desde una entrega que da vida. Dios nos ha amado y estamos llamados a llevar ese amor a los hombres y mujeres de nuestro tiempo practicando las buenas obras que él mismo realizó.

Para ayudarnos en este camino de cuaresma y de conversión, nosotros también podemos fijarnos en las personas y acontecimientos que nos hablan del amor que Dios nos tiene y de su deseo de vida para todos. Nos podemos fijar en aquellas personas que se desgastan en la entrega a los demás; en aquellas personas que denuncian las injusticias o las situaciones de muerte que se dan en nuestro mundo; en aquellas personas que ofrecen caminos de vida a los que están faltos de ella. ¡Y estas personas existen! Son los profetas de nuestro tiempo.

Pero no olvidemos que, el mismo tiempo de cuaresma, nos deja también unas prácticas que nos pueden ayudar. La oración, porque con la práctica asidua de la misma, podemos poner nuestra mirada y nuestro pensamiento en Dios y así vivir desde la vida y el amor que Él es. El ayuno, porque si de verdad hacemos lo que Dios quiere, ayunaremos o nos abstendremos de todo aquello que nos aparta de Él y de los demás, de todo aquello que daña al otro. Y la limosna, porque ella nos habla de la solidaridad y del compromiso por un mundo más justo. Una vida donde el amor de Dios y su justicia se hagan presente.



Fray Javier Aguilera Fierro O.P.
Convento de Santo Tomás (Sevilla)

Evangelio para niños

IV Domingo de Cuaresma - 11 de marzo de 2018



Diálogo con Nicodemo

Juan 3, 14-21

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo dijo Jesús a Nicodemo: - Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del Hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna. Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él, no será condenado; el que no cree, ya está condenado, porque no ha creído en el Hijo único de Dios. Esta es la causa de la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra perversamente detesta la luz, y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras. En cambio, el que realiza la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios.

Explicación

Cuando somos egoístas, violentos y aprovechados llenamos de oscuridad y dolor la vida de los demás y la nuestra. No tenemos nada que ver con Jesús que lleno de bondad, de generosidad y solidario con todos, llenaba de luz sus vidas. Jesús choca con la oscuridad. Y nosotros ¿cuándo somos luz? ¿cuándo somos de Jesús?